

Carlos Medinaceli y "Gesta Bárbara"

En el último reportaje que concediera Sergio Almaraz Paz poco antes de su temprana muerte, publicado póstumamente, una de las preguntas pretendía indagar qué escritores habían tenido gravitante influencia en la formación de su gusto estético y en el derrotero de su vida intelectual, Almaraz escogió de la literatura rusa dos nombres, el de Fedor Dostoievski y el de Máximo Gorki, entre los norteamericanos, su preferencia se inclinó por la obra de Ernest Hemingway y entre los europeos que en ese momento se destacaban, señaló los nombres de Albert Camus y Jean-Paul Sartre y añadió el de Thomas Mann, entre todos su favorito.

Cuando la pregunta se extendió al ámbito de la literatura nacional, sin pensarlo dos veces, con voz clara pronunció el nombre de Carlos Medinaceli. "Debe ser el único escritor boliviano en que la obra se confunde con la vida" comentó con justificación.

Hay dos motivos para este homenaje a Carlos Medinaceli, el primero por haberse cumplido en 1998 el primer centenario de su nacimiento. Nació en la ciudad de Sucre el 30 de enero de 1898. El segundo, porque este año -1999- se cumple la media centuria de su sentida y definitiva ausencia. Murió en La Paz el 12 de mayo de 1949, a la edad de 51 años. Muerte prematura sin duda como es la muerte de todo gran hombre y Medinaceli lo fue íntegramente por su preclara inteligencia, por la insobornable rectitud de su juicio, por el acendrado amor a Bolivia que le dolía íntima y profundamente.

Al hablar de "tierra fértiles, abandonadas", de "pueblos terrosos y vidas derrotadas", no lo hace en tono de reproche sino de profundo dolor, porque ve desperdiciarse en todas partes la tierra que no da los frutos que pudiera si se la trabajara, ni la inteligencia que se destruye en medio de la indiferencia y la desidia. Soñaba ver un día florecer la tierra y el espíritu; que el talento no se pierda, no se anule rodeada de tanta incompreensión y la estrechez material no contribuya a agostarla como una flor vencida por el medio adverso. Soñaba con un país vertebrado, libre de servidumbres, en el que la educación fuera democratizada en las ciudades y en el campo, que lejos del doctorismo inútil, desterrando toda falsa erudición, pudiera formar los elementos necesarios para promover el verdadero progreso en el seno de la sociedad boliviana.

En un ambiente cargado de pragmatismo, particularmente inhóspito para las inquietudes intelectuales y artísticas, en el Potosí de 1918, por lo menos dos grupos de jóvenes iconoclastas se reunían en la plaza o en la casa de alguno de ellos, para leer o recitar versos de sus poetas preferidos: Herrera Reissig, Darío, Lugones o Jaimes Freyre y también, por qué, no, composiciones propias dictadas por el amor y la rebeldía. O para comentar algún libro que estaban leyendo, contarse chistes o hacer un poco de música rociada por alguna bebida espirituosa como el delicioso té con té, especialmente si el singani era de turuchipa.

Medinaceli en sus "Páginas de Vida" relata con no disimulada complacencia, "unos cuantos mozos desorbitados y tarambanas; -léase 'idealistas'- fundamos una sociedad tenebrosa, un 'cenáculo literario' que se llamaba "Los Noctámbulos". Nuestro fin era noble y heroico: asesinar a los filisteos". Este cenáculo tenía en Carlos Medinaceli -repetiendo palabras de Armando Alba- al hermano mayor, no porque tuviera más años, sino porque "merced a su temperamento lúcido, a su mayor conocimiento bibliográfico, a su inalterable

ductilidad en el trato común, que le salvaba de arrebatos estridentes. Pertinaz lector, se perfilaba ya en él, el erudito que habría de ser, corridos los años".

El otro que adoptó un poco rubendarianamente el apelativo de "Los Raros", igualmente rebelde y disconforme con el ambiente pacato, alejado de toda manifestación artística que reinaba en la Villa Imperial, donde sólo el dinero era lo que contaba y todo lo intelectual se veía con cierto desprecio e indiferencia. El líder de este grupo era un joven periodista peruano, llegado de Puno llamado por ese apóstol franciscano que fue el Padre José A. Zampa "para mejorar las ediciones de su periódico católico "La Propaganda". Se llamaba Arturo Peralta. Firmaba sus crónicas con los pseudónimos de "Juan Cajal" y posteriormente como "Gamaniel Churata" que está inscrito en la Historia.

Doña María Gutiérrez de Medinaceli organizaba en su casa unas tenidas literarias, a las que invitaba sin distinción de credos ni colores, a "raros" y "noctámbulos" que terminaron por unirse en un único grupo, el de "Gesta Bárbara". Ya juntos, un día se propusieron publicar una Revista que debía ser completamente distinta de cuantas habían aparecido antes, publicaciones sin mérito "que por el contenido no eran más que unos almanaques con versitos de Album y por la edición, peores que un asqueroso alegato jurídico". Rememorando decía Medinaceli; "Lo nuestro tenía que ser algo inusitado, fuera de ambiente, algo bárbaro". Fue Arturo Peralta que tomando la última palabra exclamó "Gesta Bárbara", nombre que fue aceptado inmediatamente por aclamación. La revista se llamaría "Gesta Bárbara" y con ella se consolidaría una generación, un movimiento literario, un propósito revolucionario, el de reivindicar a la nación por el espíritu. Fue la Generación de "Gesta Bárbara". La Primera Generación de "Gesta Bárbara" porque algo menos de cuarenta años después surgiría la Segunda Generación de "Gesta Bárbara" por iniciativa de otro Medinaceli, Gustavo Medinaceli, y esta vez no sería un movimiento puramente local; se extendería de La Paz a Cochabamba, de Cochabamba a Sucre, a Oruro, a Tupiza y a algún otro lugar.

Carlos Castañón Barrientos después de una prolija investigación en un ensayo dedicado a Gesta Bárbara de 1918, da la lista completa de quienes integran los grupos, no sé si antagónicos de "Los Raros" y los "Noctámbulos". El nombrarlos sea nuestro homenaje, aunque muchos sean para nosotros nada más que nombres, solamente nombres.

Entre "Los raros", "se contaban Wálter Dalence, Carlos Medinaceli, Alberto Saavedra Nogales, Fidel Rivas, Valentín Meriles, Arturo Araujo Quezada y Teófilo Loayza. El otro, el de "Los noctámbulos", estaba formado por "Armando Alba, Arturo Peralta, Celestino López, Agapito Villegas, Geoval Alurralde, Gustavo Pacheco, Belizario Mendoza, Juan David Tórres y Néstor Murillo". Castañón Barrientos supone que algo debió ocurrir porque varios de los mencionados "se desvincularon del conjunto por lo cual sus nombres no volvieron a sonar dentro de la agrupación".

Y la revista salió a la luz la noche del 16 de junio de 1918. Fue presentada a la sociedad potosina en una función de gala en el Teatro "Sketing". El éxito fue total en esa noche memorable. Potosí la recibió con alborozo, saludando feliz el nacimiento de una generación brillante. Medinaceli reconoce cierta petulancia irreverente en sus declaraciones: "En literatura dimos por inexistente todo el pasado boliviano; no reconocíamos ningún precedente: éramos los Adanes literarios

de Bolivia". Creyeron inventar dos cosas útiles a sus anhelos: el amor y la poesía. Pronto cayeron en la cuenta de que existían muchísimo tiempo antes que ellos llegaran al mundo. No importaba, ellos llegarían al amor y la poesía como se llega a tierra virgen en ese páramo a 4.000 metros de altura, Potosí.

Dos lustros duró el sueño de los "bárbaros". Gamaniel Churata recordando sus gloriosas noches de bohemia y creación, afirma con indisimulado orgullo: ¡Qué no hizo "Gesta Bárbara" en la Villa Imperial! Lo hizo todo: teatro, conferencias, veladas literarias, revistas, revolución aristárquica, dialogaciones platónicas, amistad y ruido". Potosí despertó por 10 veces al nacimiento de nuevos números de la revista "Gesta Bárbara", en el décimo terminó el impulso. Después, cada uno de los "bárbaros" siguió su propio derrotero. La amistad se conservó, más el grupo había muerto.

Se ha establecido con alguna razón, un paralelo entre la Generación española del 98 (1898) y la de Gesta Bárbara de Potosí. Pie Baroja, uno de los conspícuos representantes del movimiento peninsular del 98, caracterizaba a su generación por su "preocupación por el problema de España; su autodidactismo; por la exaltación y el descubrimiento del paisaje; su espíritu crítico; su europeísmo en constante lucha con su patriotismo; su amor por los clásicos españoles, sobre todo, por El Quijote y finalmente por su tendencia a liberar al idioma de su ampulosa retórica inútil".

En los Bárbaros potosinos, Aurore Valda Cortés de Viana, ve las mismas características indicadas por el escritor vasco para el grupo español. "Todos los componentes de "Gesta Bárbara" se preocuparon por los problemas nacionales, fustigando con su pluma las aberraciones que se presentaban en el ambiente del país. La mayoría fueron autodidactas. Aunque recibieron la influencia extranjera, lucharon por liberarse de ella, empeñándose por conformar el sentimiento puro de lo nacional. Revelaron marcada tendencia por una bien concebida crítica sana. Asimismo amor y admiración por el paisaje boliviano; e igual sentimiento de veneración y respeto por los clásicos, principalmente por Cervantes. Finalmente, permanente preocupación por un correcto empleo del idioma, evitando toda ampulosa retórica".

Su paradójico patriotismo consistió en hablar mal de Bolivia, es decir la verdad, en no mentir. "Queríamos modificar el ambiente, refinarlo, modernizarlo". Con dolor escribe Medinaceli: "No nos dejaron. No pudimos". Fue como estrellarse contra una roca. Sus sueños por renovar la literatura se esfumaron con los años, eran muy superiores a la fuerza de sus alas. De los nombres que formaron ese núcleo selecto, el que con más brillo ha quedado para la Historia, es el de Carlos Medinaceli. Es el que alcanzó mayor altura en su vuelo, no obstante que no contó con el apoyo que debía habersele dado.

**Jaime Zavaleta Meneses. Poeta
y escritor cochabambino**

